

Europa y el no existencial

Por Anibal Córdoba Sosa

El proceso de integración europeo tuvo entre sus principales impulsores a los grandes hombres de Estado de la Europa continental: Robert Schuman en Francia, Konrad Adenauer en Alemania, Alcide de Gasperi en Italia. Todos ellos de filiación democristiana y de edad avanzada al momento de alcanzar las más altas responsabilidades públicas en sus respectivos países. Todos ellos habían sufrido en carne propia, de alguna u otra manera, la hostilidad y la persecución de los regímenes totalitarios que habían asolado al continente en las décadas precedentes. Todos ellos provenían de la "periferia política" - incluso, geográficamente hablando - de sus países y no formaban parte de los elencos gubernamentales que tradicionalmente habían estado al frente de esas naciones.

En estos grandes hombres, la fe europeísta se había forjado en la vivencia del horror de la devastación fratricida, lo que los había llevado al convencimiento de que sólo una Europa unida podía ser fuente verdadera y duradera de paz y prosperidad. Con el apoyo explícito de los presidentes de los EE.UU. de aquellos años - y también con la ayuda económica y financiera concreta ese país en el marco de una verdadera alianza estratégica- emprendieron la concreción del experimento social y político más grandioso desde la aparición del Estado Nacional cinco siglos atrás: la ligazón de los pueblos de Europa en un espacio integrado de vínculos tan profundos que unirían sus destinos como lo están los de los integrantes de una misma familia.

No es casualidad, entonces, que los años dorados del proyecto europeo hayan sido los de la reconstrucción de posguerra, en un proceso que abarca, puesto a grosso modo, desde las décadas de los años '50s a la de los '70s. Es la época de los "milagros económicos" en la reactivación de las economías más importantes del continente y del Estado de Bienestar, que logra exitosamente dejar atrás las secuelas materiales de la devastación, poniendo al hombre en el centro de la política económica y garantizando la participación plena y efectiva de cada ciudadano en las nuevas democracias tan laboriosamente alcanzadas. Son los años en que se avanza decididamente en el proceso de integración continental, escribiéndose los trazos fundamentales de un proyecto que proponía con cada paso adelante un futuro de vida en común a todos los habitantes de un continente que acababa de concluir el itinerario de una encarnizada autodestrucción.

La gran empresa política de la integración europea no hubiese sido posible sin el protagonismo de aquellos grandes hombres que hablaban de paz, concordia, justicia, prosperidad y, también, de balance del poder mundial, de necesidades estratégicas y de la integración como una convicción surgida de un lúcido y sumamente realista análisis de las condiciones fácticas y de la situación relativa de Europa en el nuevo mapa político global.

Pero desde mediados de la década de los '70s, Europa empieza a recorrer la pendiente sutil de la declinación, económica y políticamente hablando, hacia adentro de los países y hacia fuera, en aquél mapa de poder mundial que nuevamente empezaba a mutar. Y ya no había grandes líderes que propusieran, comunicaran, y enamoraran a los europeos con un proyecto, conduciendo a sus pueblos por el camino de la unidad fraterna. Quiénes conducían Europa - y estaban al frente de los gobiernos de sus principales países - empezaban a encuadrar progresivamente el sueño de la integración en el marco dominante de la tecnocracia de Bruselas y en las aburridas disquisiciones de los profesionales de la "eurolengua". La integración europea empezaba a dejar de ser percibida como un proyecto político que tenía raíces en lo más profundo de los valores culturales compartidos, que habían sido defendidos con la sangre y la mística de la heroica resistencia al oscuro experimento totalitario, para pasar a ser una entelequia reelaborada por los profesionales de la administración en clave lejana e incomprensible para las mayorías.

Las economías iniciaban el lento y tortuoso camino del estancamiento y el desempeño pobre. La corrección política - insuficiente, ultraposibilista, anodina - empezó a ser la única respuesta frente al descontento de las masas de ciudadanos crispados y atemorizados - en la actitud propia de quién no vislumbra un camino posible en el futuro personal y colectivo - por un mundo que revelaba dinámicas no decodificadas con la efectividad y la responsabilidad que cabe a quienes gobiernan.

Pero en este derrotero casi fatal, hallamos una clara excepción: Gran Bretaña.

Su economía y su sociedad habían atravesado aquellas brillantes - para el continente - décadas de los años '60s y '70s sumidas en el estancamiento, el conflicto y la frustración. El lastre del pasado de gloria imperial imponía a la Pérfida Albión un traumático replanteo de su posición en Europa y en el mundo.

Pero la llegada de Margaret Thatcher al poder inicia un ciclo continuado - que abarca hasta nuestros días - de reformas, crecimiento y modernización que devuelven a Gran Bretaña el protagonismo y la identidad perdidos. Expresiones políticamente opuestas como las de la Dama de Hierro y la del laborista Tony Blair representan dos fuertes liderazgos que supieron conducir a su sociedad y movilizar a los británicos, en el momento que les tocó la responsabilidad, hacia metas claras, estratégicas y, sin duda, muchas veces controvertidas y audaces. Su discurso y su acción estuvieron imbuidos de fuertes convicciones y, en todo momento, estuvieron dispuestos a pagar todos los costos eventuales de sus decisiones, sabiendo que es precisamente eso lo que los votantes quieren y buscan de sus gobernantes. De eso se trata el liderazgo y es de su ausencia que la Europa actual adolece.

Quizá el problema sea fundamentalmente cultural. Incluso, existencial. Europa es un continente que ya ha atravesado las diferentes etapas de la cronología de una civilización y para la cual la experiencia de la guerra secular - que todo destruye, material y moralmente - sea, tal vez, una carga demasiado fuerte en la ya milenaria

conciencia colectiva del envejecido continente - literal y figurativamente hablando. ¿Que puede esperar el mundo de unos países que sacrifican la grandeza de la aventura humana por la mezquindad del confort y el bienestar? Seguramente mucho, aunque puesto de esa manera no lo parezca: su incomparable legado cultural, su experiencia, sus logros que, en algún momento, parecían anunciar el incontenible e irrefrenable avance del hombre, muñido solamente de la extraordinaria fuerza de su voluntad. En fin, su historia.

Lo que sí es seguro es que la preeminencia política de una potencia en el concierto internacional se vuelve insostenible cuando el hastío y el desencanto son los que dictan el paso; se hace indispensable, en cambio, el amor, la fuerza y las ideas, la prudencia y la audacia, la valentía, la fe... Líderes que pacifiquen, propongan y proyecten sus pueblos al futuro con la convicción profunda y decidida de que éste siempre será mejor. "Con los pies en la tierra y el corazón en el cielo", como decía el sabio latino.